

Nuestra amiga Amalia

Antonio López

Julio López Hernández

Lo primero que te llamaba la atención de Amalia Avia era su belleza, su esplendor físico, que se combinaba con una fuerza especial y diferente a todos nosotros que siempre tuvo. Cuando nos conocimos a mediados de los años cincuenta, se notaba que Amalia incorporaba algo de la vida, ajeno al mundo del arte, que nos impresionaba. Cuando íbamos al cine ofrecía siempre un comentario inteligente, algo limpio y oportuno, de otro lugar, que no tenía que ver con la cultura, sino con la intuición. Todos los demás teníamos muchas más adherencias estéticas y culturales, pero Amalia, que venía de pasar muchos años en su pueblo, en donde se había sentido muy encerrada, tenía una ilusión y una mirada especial. Luego todos nos unificamos, pero en el comienzo deslumbraba su diferencia, esa sabiduría intuitiva de la vida.

Tampoco es fácil olvidar su risa. Era una manera de reír muy personal, refrescante, destacaba en cualquier reunión. Nadie reía como Amalia, nadie disfrutaba con la risa como ella. Esto es algo que hablábamos muchas veces entre nosotros.

Desde que conoció a Lucio se entregó a él de una manera que nos impresionaba. Pero ella también le dio mucho a Lucio, lo completó, le proporcionó un peso como persona, una amplitud de miras que nadie más podía darle. Lucio era consciente de esto. Él la ayudó como pintora, pero fue impresionante ver en qué poco tiempo arrancó la carrera de Amalia. La fuerza que llevaba dentro, y esa inteligencia natural, se tradujo en seguida en su manera de pintar, de una eficacia excepcional.

Al principio pintaba cosas de su pueblo. Era una pintura primordial, casi primaria, que los que también veníamos desde un pueblo valorábamos mucho, porque queríamos conseguir lo mismo. Encontró su voz muy pronto y empezó a trabajar como una profesional. No le hizo falta pasar por la Escuela de Bellas Artes, le bastó con la academia de Eduardo Peña y con su intuición. Y ni siquiera el estar casado con una persona de la dimensión de Lucio, con el ascendente moral que él tenía en todos nosotros, y de ser madre de cuatro hijos, le impidió

seguir trabajando con el mismo tesón por alcanzar lo que quería. Reclamó su espacio.

La pintura de Amalia, las fachadas, las puertas, las calles de Madrid, tienen mucha fisicidad. Ella misma era muy física y lo que quería con su pintura era ponerle las cosas delante. Admiraba los aspectos sublimes de la abstracción, admiraba a pintores como Rothko o Motherwell, pero, lejos de ellos, en su pintura hay una actitud casi notarial, de dar testimonio de lo que veía, sin dejar que lo casual entre en el cuadro.

Su pintura fue en muchas ocasiones más dura de lo que ella era realmente, seguramente por su miedo a caer en lo hogareño, intimista o exquisito. Buscaba algo más esencial. A veces sufría porque sentía que le podía faltar destreza. Sin embargo, tenía la técnica que necesitaba, su pintura fue lo que tenía que ser. Lo maravilloso de su obra es que no hay una postura estética, nunca hay autocomplacencia, lo mismo que pasa en el primer Velázquez. Amalia se elevó sobre la estética de una forma muy natural.

La pintora Amalia Avia murió el pasado 30 de marzo. Mujer del pintor Lucio Muñoz, formó parte del grupo de los *realistas madrileños*, que también integraba a los autores del texto, a Isabel Quintanilla, María Moreno y Francisco López Hernández.